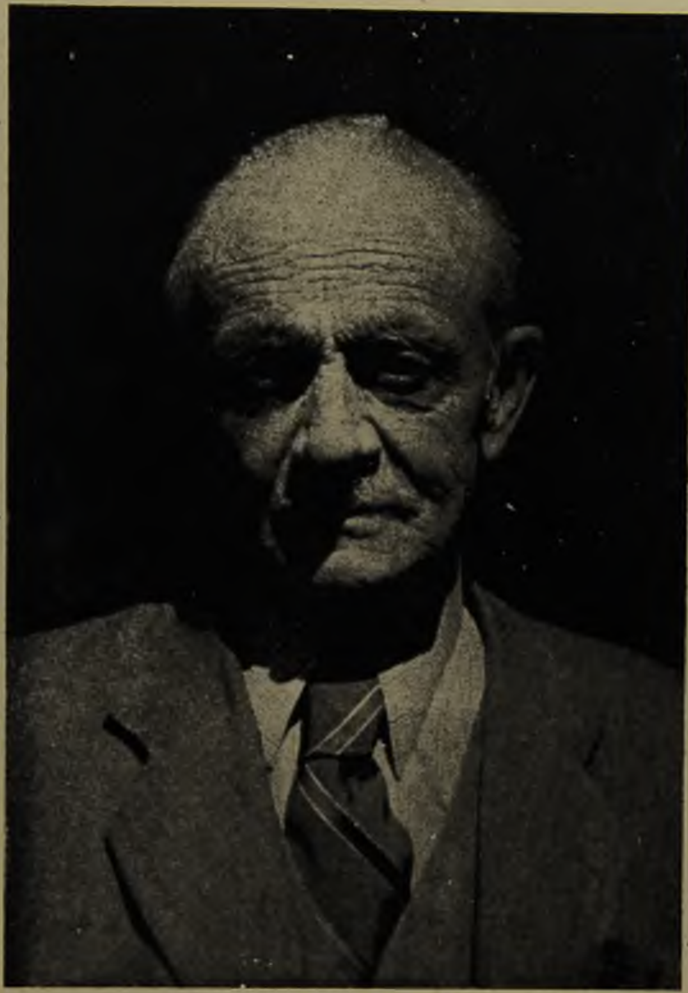
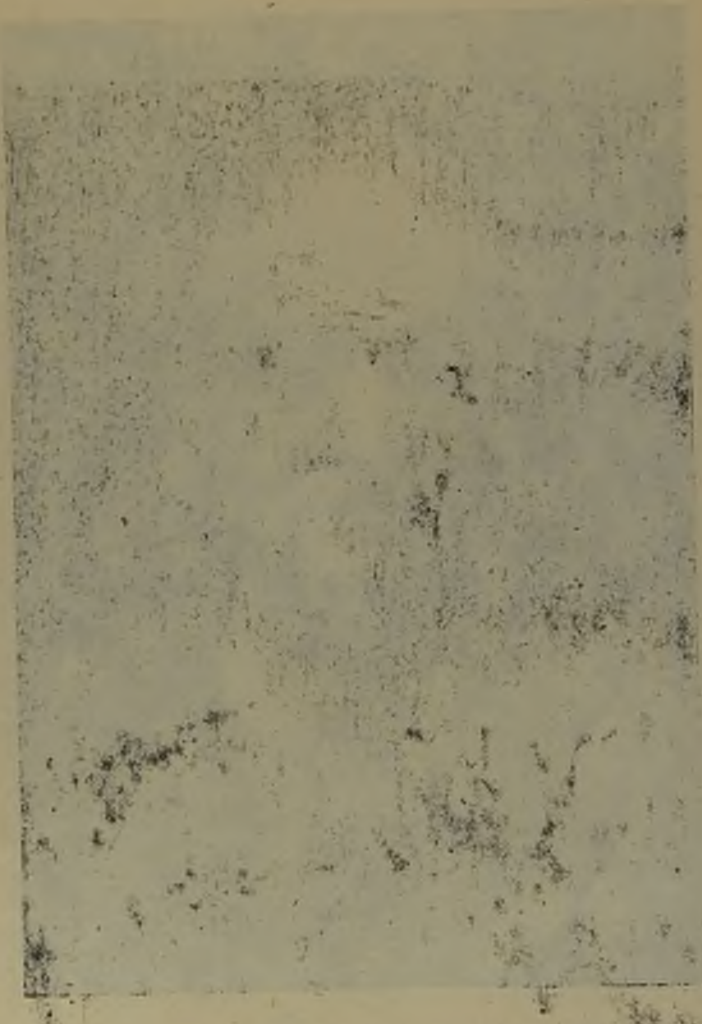


DON RICARDO E. LATCHAM CARTWRIGHT



DON RICARDO E. LATCHAM CARTWRIGHT

El Museo Nacional de Historia Natural tiene el sentimiento de comunicar el reciente fallecimiento del que fuera su distinguido director don Ricardo E. Latcham Cartwright, y al mismo tiempo el etnólogo más distinguido con que ha contado el país. El señor Latcham había nacido en Bristol el 5 de marzo de 1869, y se había avecindado en Chile, desde 1888, año en que llegó contratado por la oficina de Colonización para abrir caminos y delimitar parcelas en la Región de la Frontera. Desde esa fecha, hasta el día de su muerte, el señor Latcham, se dedicó, con empeño incansable, a una serie de obras de interés nacional. Ingeniero egresado del Politechnical Institute de Londres, trabajó en la construcción de caminos, ferrocarriles y obras de hidráulica, y más tarde, dedicó gran parte de su energía a la minería chilena. Desde su llegada, y gracias a una permanencia entre los indios araucanos que dura más de cinco años, se interesa por los problemas de la etnología y arqueología, de tal modo que, poco a poco y con el correr de los años, polariza casi enteramente sus actividades hacia el mejor conocimiento del pasado indígena del país. Es en este campo donde labora sus obras más destacadas y en donde ha merecido en especial la gratitud de los centros intelectuales chilenos. Aunque conservó su nacionalidad hasta el día de su muerte, se había adaptado admirablemente a nuestro medio, y en general, las numerosas personas con las cuales mantenía contacto, nunca pensaron en él como en un extranjero, sino como el chileno más connotado y amante de su tierra. Nunca tuvo tampoco, ninguna de las reservas que es costumbre encontrar entre los extranjeros y por el contrario, le gustaba prodigarse en todos los medios, estableciendo constantes lazos con los centros científicos, los centros de enseñanza y artísticos, que fueron los medios en donde su actividad se hizo sentir mejor y más cariñosamente.

A la fecha de su muerte deja una obra científica que sin exagerar, puede decirse que abarca toda la etnología y arqueología del país. Sus primeros trabajos se refieren naturalmente a los indios entre los cuales le tocó vivir. En forma de breves contribuciones empezaron a publicarse en el Journal of The Antropological Institute of Great Britain and Ireland. Eran contribuciones sobre la antropología física de los indios, en las cuales ya apunta una idea que iría a desarrollar más tarde: la falta de una homogeneidad étnica entre los araucanos. Poco a poco dedica mayor interés a esta suerte de estudios, al mismo tiempo que amplía el conocimiento del territorio nacional. Desde 1897, hasta 1905 permanece en La Serena, compartiendo su tiempo entre las clases que dictaba en el Liceo de esa localidad, los afanes mineros, y las ciencias de su predilección. Visita a los changos en las caletas de la costa, en donde aun era posible encontrarlos y abre numerosas tumbas y conchales. De este modo empieza a avanzar en el conocimiento de la arqueología, que será la materia que le preocupará más intensamente en sus últimos años. Su primera síntesis la publica en 1908, con el título de Antropología Chilena, en la Revista del Museo de la Plata (t. XVII pp. 241-319). Vuelve sobre este mismo tema en su trabajo "Los elementos indígenas de la raza chilena", publicado en la Rev. Chilena de Historia y Geografía (t. IV). Son estas dos síntesis, resultado ya de múltiples observaciones, al mismo tiempo que nuevas-campañas, lo que le permiten publicar en 1915 su primera gran obra de conjunto: "Costumbres mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América" que consta de 341 págs. Desde esta fecha hacia adelante, al mismo tiempo que continúa publicando sus estudios analíticos, a veces de considerable extensión, periódicamente da a la imprenta, grandes obras de conjunto en las cuales abarca temas monográficos. Así ese mismo año publica "La capacidad guerrera de los antiguos araucanos: sus armas y sus métodos", opúsculo de 74 págs. A partir de este año lo retienen en Santiago numerosas actividades particulares en las cuales se ve comprometido para ganarse el sustento y el de su hogar, fundado en 1889, al casar con la distinguida dama serenense, señora Sara Alfaro. No deja enteramente sus actividades científicas y hace excavaciones en las inmediaciones de la ciudad y numerosas excursiones a los paraderos de la costa desde La Serena hasta Santiago. Es en 1924, cuando publica su gran obra de conjunto sobre los araucanos, y la más destacada que saliera de su pluma: "La Organización Social y las Creencias Religiosas de los Antiguos Araucanos", 626 págs., entregada por las Publicaciones del

Museo de Etnología y Antropología de Santiago, t. III, números 2, 3 y 4. Al tratar de establecer las relaciones culturales que pudieran haber existido entre los araucanos y los indios del Perú, adquiere un ingente conocimiento documental sobre las culturas de ese país, y publica después de nuevos estudios, en 1928, su primera contribución sobre ellas: "Los Incas: sus orígenes y sus Ayllus", 374 págs. Más tarde insistiría sobre este nuevo campo de estudio, y después de una visita a los principales sitios prehistóricos del Perú, publica su extensísima obra "Las Creencias Religiosas de los Antiguos Peruanos", 813 págs. (Santiago, 1928). Ese mismo año, ve aparecer dos obras suyas más, una que preparaba desde 1905 y que en 1908 estaba bastante avanzada, "La Alfarería Indígena Chilena", —236 págs., 56 láminas y 242 figuras de texto— y la otra una visión de conjunto de las primitivas poblaciones que había contenido el territorio nacional, de sus culturas y de sus remanentes, que fué su obra más necesaria: "La Prehistoria Chilena". Dos hermosos libros suyos, uno publicado en 1922 y otro en 1936, se refieren al estudio de "Los Animales Domésticos de la América Precolombina", 199 págs., y "La Agricultura Precolombina en Chile y los países vecinos", publicada por la Universidad de Chile.

Los últimos años los dedica enteramente a labores de orden arqueológico. Multiplica sus viajes al desierto y hace numerosas excavaciones antes de dar a la imprenta su "Arqueología de la Región Atacameña", publicada igualmente por la Universidad de Chile, de la cual era profesor, en 1938. Más tarde revisaba nuestros conocimientos sobre "El Paleolítico de Tal-tal" y terminaba su obra todavía inédita intitulada "La Cultura Diaguita". Hasta los últimos instantes de su vida mantuvo el contacto con las ciencias que le habían preocupado durante toda su vida. De este modo, liga su nombre a una cultura nueva que comienza a aparecer en las excavaciones del Norte Chico, la cual bautizara con el nombre de Cultura de El Molle, y de la cual dió cuenta en un artículo publicado en este mismo Boletín.

En 1928 había sido nombrado para la dirección de este establecimiento, al cual dedicó incansablemente todas sus energías hasta el día de su muerte. Su labor se encuentra materializada en una infinidad de mejoras. Desde luego la reconstrucción del edificio, que quedara casi en ruinas en ocasión del terremoto de ese año, fué gestionada y conseguida por él. A la fecha de su muerte se encuentra casi terminada, habiéndose ampliado el viejo edificio en tres pabellones centrales: uno destinado a la Biblioteca, otro destinado a las oficinas y Direc-

ción, y un tercero destinado a la taxidermia, Sala Araucana y dependencias.

Gracias al apoyo que supo encontrar en el Ministerio de Fomento se construyó la Sala Araucana, en la cual se hace una exhibición vivida de la manera cómo viven los araucanos actuales. La ruca fué construida por indios traídos de Temuco y todos los elementos que forman el cuadro correspondiente han sido traídos de esas mismas regiones. Poco después se construyó también una maquette de un pueblo atacameño, cuyas ruinas se encuentran a menudo en el norte desértico. Desde 1928, fecha en que se hizo cargo del Museo se preocupó de mejorar el sistema de exhibición para lo cual hizo venir de Londres un taxidermista especializado en el montaje de cuadros biológicos. De este modo gran parte de la colección de aves, se encuentra en forma de cuadros biológicos algunos de los cuales son de notable exactitud. Por otra parte, en lo que se refiere a la planta del establecimiento, al hacerse cargo de la dirección tenía solamente dos jefes de sección. A la fecha de su muerte tiene cinco. El Boletín, cuya publicación se encontraba interrumpida desde 1912, fué reanudado en su dirección, primero con un número dedicado a Molina, y más tarde definitivamente, habiendo aparecido año tras año, hasta la fecha que corre.

En 1934, gracias a la generosidad de un amigo personal que regaló al establecimiento la suma necesaria, pudo hacerse la expedición Latcham-Macqueen al Aysén, en la cual, por primera vez, se intentaba una prospección científico-natural de esas regiones, recién incorporadas a la vida nacional. Más tarde, numerosas expediciones de menor importancia fueron patrocinadas y alentadas por él. En general, puede decirse que en los quince años en que él permaneció en la dirección, realizó una obra ingente que no permitirá olvidar su nombre, y el personal del Museo ha trabajado intensamente y rendido sus mejores esfuerzos para esclarecer numerosos problemas de la historia natural del país.

Se comprende, pues, con qué sentimiento hemos asistido a su larga enfermedad, primero, y a su muerte, después. Al morir el señor Latcham, no sólo hemos perdido a nuestro Director y al animador más entusiasta, sino que hemos perdido a un amigo entrañable, que antes que por la jerarquía, se imponía ante nosotros por su bondad permanente, por su autoridad científica, por su esclarecido entendimiento, y a las órdenes del cual, siempre estuvimos orgullosos de trabajar.